

GUARINO

Vertida gota á gota  
fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE

¡Miserable de ti! Toda la tuya  
saciar no puede el vengativo ardor  
en que la mía oyéndolo se abrasa.

GUARINO

Tal vez para saciarla quiso Dios  
ponerme en vuestras manos, exigiendo  
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE

¡Monstruo! ¿Qué fué lo que instigarte pudo  
á delito tan vil?

GUARINO

Oid, señor,  
y antes de dar mi sangre por la suya  
sabed toda mi horrible confesión,  
y doble la vergüenza de contárosla  
la pena que la culpa mereció.

EL CONDE

Habla, y abrevia tu relato infando,  
y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO

Vos, en la soledad de las montañas  
me dejasteis vuestra hija; pensé yo  
que diez años de duras penitencias  
habrían de mi frágil corazón  
hecho castillo inexpugnable, y ciego  
confié de mí mismo en el valor.  
La misma santidad de vuestra hija,  
su noble y celestial resolución,  
y el gran milagro que por mí reciente  
obró Dios, me sedujo y me animó.  
Santa, pero mujer, joven y hermosa,  
debí de encomendarla al Salvador  
que la guardara bien y huir en ella  
la infernal escondida tentación;  
mas yo, necio de mí, con falso orgullo,  
con inútil y estúpido fervor,  
en la fe y la virtud por mantenerla  
mi virtud y mi fe Satán hundió.  
Permanecí junto á la hermosa niña,

dando á su fe primero admiración,  
y después admirando su hermosura  
que allí el infierno por mi mal envió.  
Mi vista que en el trecho de diez años  
en los cielos no más, en la oración,  
ó en la tierra con llanto penitente  
fervoroso ó humilde se fijó,  
á contemplar su terrenal belleza  
tornóse con impúdica atención,  
y el fuego de infernal concupiscencia  
dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible  
de esa historia fatal.

GUARINO

Santo temor,  
soplo expirante de virtud dos veces  
de la inocente hermosa me apartó,  
y otras dos veces me arrastró hacia ella  
la astucia del demonio tentador;  
y al vértigo carnal de su apetito  
sucumbiendo mi imbécil corazón,  
víctima de mi torpe desvarío  
su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE

¡Revelación horrenda!

GUARINO

Horrenda, pero  
todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE

¿Has hecho más aún?

GUARINO

Cometí el crimen,  
y en cuanto mi maldad le consumó,  
sus consecuencias en tropel bullente  
aglomeró en mi mente la razón,  
y Satanás poniéndose á mi lado  
me hizo entender y calcular su horror.  
Los otros penitentes solitarios  
que habitaban las peñas como yo  
me trajo á la memoria, y que inocentes  
de mi culpa á ser iban de ella en pos  
sólo objetos de escándalo, y del mundo  
á cargar con la injusta execración.

—Ve—me dijo el demonio—mira infame  
adónde tu maldad te despeñó.  
Al acusarte esa mujer, entera  
traerá la raza humana en derredor  
á maldecir la hipócrita malicia  
que en tu impúdico pecho fermentó.  
Ese milagro real, que por tus manos  
piadoso Dios y omnipotente obró,  
á diabólica magia atribuido  
va con razón á ser. Mira el baldón  
con que cubres, infame, estos desiertos,  
santuarios otro tiempo del Señor.  
Esconde de los ojos de los hombres  
ejemplo de tan vil profanación,  
al menos porque en todos no recaiga  
la pena que uno solo mereció;  
ó al renegar de sus ministros viles  
renegará su santa religión.  
Cubra al menos tu crimen el misterio,  
engaña al universo por tu honor,  
no excuses otro crimen, si te salva,  
y haz penitencia luego por los dos »  
Esto el infierno me inspiraba, y esto  
que yo escuchaba de su falsa voz,  
de una falsa vergüenza en mi conciencia  
hizo brotar el humo embriagador.  
Un pensamiento atroz, pero seguro  
á mi mente febril se presentó:  
y por sino fatal yendo arrastrado  
á ponerlo en sangrienta ejecución,  
privé de la existencia á la inocente  
á quien privé primero del honor.

EL CONDE

¡Bárbaro!

GUARINO

Y en las rocas enterrándola  
huí de Monserrate cuando el sol,  
sumiendo en el Océano sus rayos,  
el velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE

En vano te busqué por las montañas.  
Mas hoy.....

GUARINO

Fuí de mí mismo con horror  
á la sagrada capital del mundo  
mendigando mi pan; crucé veloz

ríos y montes, y llegando á Roma  
del rebaño de Cristo ante el Pastor  
postrado, de mis crímenes nefandos  
hice entera y contrita confesión.  
El Pontífice santo, del Eterno  
en la tierra Vicario, mi dolor  
y mi arrepentimiento contemplando  
con estas condiciones me absolvió:  
«Vuelve—me dijo—á Monserrate; pero  
vuelve á morar en su áspero fragor  
cual bestia, no cual hombre; dobla al suelo  
tu frente como bruto; y posición  
manteniendo de tal, de cuatro remos  
sírrete para andar en vez de dos.  
Y en penitente soledad, tu vida  
pasa en el monte en tal degradación,  
hasta que un tierno infante de seis meses  
de ella te absuelva en nombre del Señor.»  
Yo obediente al Pontífice supremo  
me volví como bruto á la mansión  
de Monserrate; de velludas lanas  
mi macilento cuerpo se cubrió,  
y destruída en mí la humana forma  
cual monstruo me trajeron ante vos,  
ante quien el milagro prometido  
para fin de mi pena se cumplió.  
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,  
que escarmienten en mí será razón  
los hombres, y en la tierra á su justicia  
aplaque quien su ley atropelló.

—  
Postró el penitente humilde  
su venerable cabeza  
hasta el suelo, en que sus plantas  
el Conde ofendido asienta,  
y así en silencio quedaron  
uno en pie y otro por tierra;  
uno al castigo ofreciéndose  
y otro apreciando la oferta.  
Pero al cabo el noble Conde  
pesando allá en su conciencia  
la justicia de su causa,  
la inmensidad de la pena,  
la razón de su venganza  
y la prez de su nobleza,  
rompió el silencio diciendo  
con voz conmovida y trémula;  
—Alzad, Guarín, que no es justo  
que se muestre más severa

que la justicia del cielo  
la justicia de la tierra.  
Mi honra habéis ultrajado,  
allí do con más pureza  
se anidaba; con mi sangre  
habéis regado las peñas  
de Monserrate, mas de ambas  
la mancha injuriosa y fea  
lavado habéis con las lágrimas  
de cristiana penitencia.  
Yo os perdono como el cielo;  
volveos á las desiertas  
montañas, y vida triste  
pasad penitente en ellas.  
Mas quiero una sola cosa  
rogaros, única prueba  
que exijo de vos, Guarino,  
del perdón en recompensa.  
Mostradme el oculto sitio  
de aquellas fragosas sierras  
en donde yacen los restos  
que de mi María quedan.  
Los que de mi extirpe nacen  
su tumba tienen dispuesta  
en más suntuoso lugar  
que el que sus restos encierra.  
—Vuestros criados, señor,  
mandad que conmigo vengan,  
que en el lugar en que yacen  
tengo cavada una cueva  
donde cual fiera he vivido  
lamentando mi fiereza.  
Sobre el césped que la cubre  
brotó, y entre él se conserva  
de los tiempos respetada,  
una silvestre azucena,  
símbolo de su desdicha  
y pendón de su inocencia,  
por los cielos levantado,  
mantenido en nombre de ella.  
—Yo mismo iré allí á llorarla.  
—Señor, pues que pronto sea.  
—Partamos al punto.

—Vamos.  
Y antes que una aurora nueva  
vuelva á alumbrar el oriente  
saldréis con tan santa empresa.

## CAPÍTULO VIII

LA AZUCENA SILVESTRE

Cual marinero errante, que perdido  
su soberbio bajel, contra las olas  
lucha, á los restos del bajel asido  
cercana viendo la ribera ya;  
cual golondrina errante que los mares  
cruza extraviada, y la cansada pluma  
agita conociendo los lugares  
donde á anidar acostumbrada está;  
Cual cierva que en la fuerza del estío  
sedienta vaga por el bosque espeso,  
y el agua oyendo del cercano río  
hacia él se lanza cuando el agua ve,  
así impaciente el padre de María  
en las alas de una última esperanza  
partir á Monserrate apetecía  
con paternal y religiosa fe.

«¡De entre las yermas rocas, se levante  
su despojo mortal! Y en sitio digno  
salmos la Iglesia á su memoria cante,  
y ore por su alma el compasivo Dios.  
Bajo las anchas bóvedas del templo  
sus funerales místicos resuenen,  
y las campanas su recinto atruenen  
y álcese al cielo mi oración en pos.»

Así decía el piadoso Conde  
transido de dolor,  
con tamaños intentos emprendiendo  
su peregrinación.

Y del florido Abril una mañana  
al despuntar el sol,  
con Guarino y escasa comitiva  
de la ciudad salió.

Unos pocos jinetes enlutados  
seguíanle en montón,  
y unos cuantos obreros que la tierra  
á cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma  
encomendara á Dios,  
iba al par en silencio en medio de ellos  
envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros  
en silencio á mirarlos se agolpó,  
rogando ansiosos por el triste padre  
y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron  
al áspero fragor,  
y en la distancia del camino largo  
la triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros  
como leve vapor,  
el polvo de sus pies se percibía,  
pero también al fin se dispó.

—  
Á Monserrate van. Pero ¿quién sabe  
lo que les guarda en su honda soledad  
el que posee del corazón la llave,  
el que puede medir la eternidad?  
Sí, Dios es Dios; y Dios tan sólo puede  
romper el velo á la futura edad;  
sólo á sus ojos el destino cede;  
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

—  
Rayaba en el oriente  
la claridad temprana  
del alba transparente  
de la fresca mañana  
del día á aquel siguiente,  
cuando el Conde á la falda de las rocas  
de Montserrat llegaba con su gente.  
El penitente Juan sus pasos guía  
humillado al recuerdo vergonzoso  
del delito que allí cometió un día,  
y como iban subiendo,  
al Conde el monje se acercó diciendo:  
—Señor, desde este cerro, que testigo  
fué en día más dichoso  
de la piedad de Dios para conmigo,  
de mi crimen después y mi castigo,  
solos ambos quisiera  
que subiendo siguiéramos,  
y solos cabo á nuestra empresa diéramos.  
Entre estas cavidades,  
penitente primero y luego fiera,  
escándalo de aquestas soledades

largos años viví, y la edad futura  
pluguírame que nunca conociera  
el sitio de mi horrenda desventura.  
Resto de orgullo humano,  
que el mortal corazón mísero encierra,  
sea tal vez, mas me dará tormento  
saber que se hace público en la tierra  
mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.  
Temo la tentación del diablo astuto,  
y sé por experiencia  
el trecho que marcó la omnipotencia  
del racional al bruto.

Wifredo, su caballo deteniendo,  
y al monje con respeto contemplando,  
así le dijo con acento blando:  
—Sea como queráis; vos que ante el trono  
de Dios sois perdonado,  
no habéis de ser por mí más castigado,  
ni pasará de aquí con vos mi encono.  
Secreto es vuestra historia  
que de mi labio no saldrá, escondida  
viviendo eternamente en mi memoria.  
Diré que el cielo, de mi triste vida  
tal vez compadecido,  
á mí os ha conducido  
para templar del alma la amargura,  
el lugar escondido  
mostrándome en que está su sepultura.  
Pues si por vuestro crimen inaudito  
debierais ser de mi venganza objeto,  
por la mano de Dios estáis bendito,  
y lo sois para mí de honra y respeto.  
Guiad y solos vamos,  
solos su sepultura cavaremos,  
y si algo de sus restos encontramos,  
hasta aquí á conducirlos bastaremos.

Y así diciendo el Conde, y al instante  
mandando detener allí la gente,  
solo siguió adelante  
en pos del milagroso penitente,  
y á los ojos de todos se perdieron.  
Serenos estaba el día;  
el sol, que por los cielos avanzaba,  
con purpurada luz resplandecía,  
y la tierra en sus luces se bañaba  
y todo por la tierra sonreía.  
El tomillo oloroso,  
la madre selva espesa,  
la ancha amapola en su capullo aun presa,  
el silvestre jacinto

que á la margen sonora  
 crece del arroyuelo  
 y en su fresco color apenas tinto,  
 el áspero majuelo,  
 la todavía verde zarzamora  
 y el enredado endrino,  
 compañero del boj y del espino,  
 el retorcido enebro y la retama  
 que en medio crecen de la amarga grama,  
 aromaban los valles silenciosos,  
 y prestaban colores y verdura  
 á los lomos fragosos  
 de aquellos montes, cuyas hondas grietas  
 en las piedras escuetas  
 labra el agua que cae desde la altura.  
 La tierra por doquier juvenecida  
 por el sol fecundada,  
 nueva y creadora primavera  
 y tornaba á mostrar con nueva vida  
 con nuevo rubor robustecida,  
 con verdura mayor engalanada.  
 Nueva generación de mariposas  
 y de varios insectos zumbadores  
 ensayaban su vuelo en las bojosas  
 matas espesas de silvestres flores.  
 Los blancos conejuelos,  
 los alegres y libres cervatillos,  
 le su fuerza primera  
 iban ya haciendo alarde en la carrera;  
 triscando entre las zarzas y majuelos,  
 despuntando la grama y los tomillos  
 y horadando las faldas arenosas  
 de los secos y blandos montecillos,  
 al instinto cediendo que se encierra  
 en su naturaleza montesina  
 de socavar la tierra.  
 En la enramada verde  
 que á una fuente vecina  
 que entre las peñas al brotar se pierde  
 toma jugo en la linfa cristalina,  
 la nueva cría de ligeras aves  
 silba, gorjea y trina;  
 y el ronco cuervo, que con vuelo lento  
 se cierne mansamente sobre el viento,  
 grazna con notas ásperas y graves  
 la estación de las flores  
 presintiendo contento.  
 Naturaleza entera  
 brillante resplandece  
 ufana por doquiera

anunciando la hermosa primavera.  
 Y todo en ella juventud y vida,  
 todo en ella armonía, luz y aroma,  
 sólo al placer convida.  
 Y desde la ancha y verde y fresca loma  
 donde está detenida  
 la comitiva de Wifredo entera,  
 por la vega extendida  
 y escarpada montaña  
 goza la perspectiva placentera  
 que desde allí se alcanza embebecida.  
 En tanto su señor va lentamente  
 por las peñas trepando  
 detrás del silencioso penitente,  
 que por la soledad le va guiando,  
 el sitio en que pecó triste buscando.  
 La luz y la alegría  
 de la naturaleza,  
 de ambos se aviene mal con la tristeza  
 y la razón que allí les conducía;  
 y sumido en sus propios pensamientos  
 marchaba cada cual á pasos lentos.  
 Sube el monje la diestra asegurada  
 en nudoso bastón con que se ayuda,  
 y cruza el Conde la hojarasca ruda,  
 báculo haciendo de su larga espada.  
 Así, por senda que tortuosa lleva  
 de un aislado peñasco hasta la cima,  
 llegaron al lugar en que su cueva  
 labró Guarino, y cuyo centro estima  
 en más que los palacios colosales  
 que labraron del mundo los señores,  
 y que vienen á ser tan solamente  
 los nichos y las cifras sepulcrales  
 que sus nombres mortales  
 guardan un día más entre la gente.  
 Entre los huecos cascos  
 de los hendidos lomos  
 de dos duros peñascos  
 que las lluvias hendieron,  
 de intención de minarles con asomos  
 una grieta se abría,  
 que caverna de fieras parecía.  
 Un pico del peñón algo avanzado  
 sobre su ancha abertura,  
 del viento y de la lluvia resguardado,  
 un trozo de terreno mantenía,  
 que de tupido césped alfombrado  
 de la gruta á la entrada se veía.  
 Y de la estéril roca

por estrecha hendidura  
 bajaba de la cueva hasta la boca  
 un rico manantial de agua tan pura,  
 que á través de sus líquidos cristales  
 de la piedra en que cauce se formaba,  
 se contaban las vetas transversales  
 que el paso de la linfa había ido  
 puliendo en su caída, de manera  
 que en vez de piedra tosca se dijera  
 que en la concha mejor se había bruñido.  
 La sonora corriente  
 de esta escondida fuente,  
 hallando entre los céspedes descanso  
 en el llano terreno  
 que estaba de ellos lleno,  
 formó entre aquellas hierbas un remanso;  
 y entre ellas á su curso abriendo calle,  
 dejando aquel lugar verde y fecundo,  
 iba á perderse en la mitad de un valle  
 de los montes formado en el profundo.  
 De este remanso, el centro  
 formaba un montecillo  
 por el agua cercado,  
 seco, verde y aislado,  
 por aquel manantial fecundizado,  
 que de las altas rocas guarnecido,  
 cubierto por el pico adelantado  
 sobre la cueva oscura,  
 por la fuente regado  
 y en la pendiente rauda concluido,  
 era un bello paisaje en miniatura.  
 Y de aquel montecillo, en el altura  
 cubierta de verdura,  
 fresca, olorosa, amena,  
 brotaba una purísima azucena,  
 la cual, aunque era flor sola y silvestre,  
 más que en jardín cuidado  
 brillaba hermosa en su rincón campestre  
 que estaba con su aroma perfumado.  
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,  
 su simiente encerrada en los martillos  
 que de su centro se alzan amarillos,  
 su tallo verde, fresco, alto, flexible,  
 mecido por el aura, que perdida  
 á aquel rincón llegaba imperceptible  
 dándola oculto movimiento y vida,  
 hacían de la cándida azucena  
 un animado ser, solo habitante,  
 solo genio y señor de aquella escena.  
 Al llegar de la gruta ante la boca

en que aquella hendidura  
 escondida en la roca  
 guardaba de este sitio la hermosura  
 y do la entrada de la cueva toca,  
 postróse de rodillas Juan Guarino;  
 y absorto el noble Conde,  
 viendo el primor que esconde  
 aquel sitio desierto y campesino,  
 se detuvo un momento  
 embebido en gozar el suave aroma  
 de la flor de aquel grato apartamiento.  
 —He aquí—exclamó Guarino derramando  
 lágrimas—el lugar en que escondido  
 mi delito lloré, sobre la tierra  
 do fué mi doble crimen cometido.  
 He aquí, señor, la tumba en que reposa  
 la hija de que os privé; bajo la altura  
 de ese montón de tierra y de verdura,  
 duermen los restos de la más hermosa  
 é inocente criatura,  
 y esa blanca azucena  
 tal vez del jugo de su sangre pura  
 el jugo bebe que su cáliz llena.  
 Cuando en fiera tornado á esta montaña  
 me volví desde Roma peregrino  
 á cumplir penitente mi destino,  
 había aquí brotado  
 el manantial bullente y cristalino  
 que tenía cercado  
 el lugar á su tumba señalado.  
 La azucena sobre él ya abierta estaba,  
 y cual lugar sagrado  
 que el Señor me vedaba,  
 por mí en mi penitencia respetado  
 fué, y con mi llanto de dolor regado.  
 Yo he visto en esa flor siempre inmarchita  
 una futura prenda de esperanza  
 por el cielo bendita;  
 y en esa flor á quien jamás alcanza  
 el fin que á todas dió naturaleza,  
 de la mujer á mi maldad rendida  
 el símbolo miré de la pureza,  
 atropellada sí, mas no perdida.  
 Único amor del triste solitario,  
 su única compañía en el desierto,  
 única luz del tenebroso osario  
 del mundo para el cual vivía muerto,  
 único paso á mi esperanza abierto,  
 mi corazón en ella ha concentrado  
 cuanta fe y cuanto amor ha consejado.